

# Ética en la era de las comunicaciones

DANIEL PÉCAUT\*

Versión: El Hombre y la Máquina.



\* Profesor de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. El profesor Pécaut ha venido estudiando durante décadas la realidad política y cultural del país. Ha escrito varios libros sobre Colombia; *Política y Sindicalismo en Colombia*, *Orden y Violencia. Evolución Socio-Política de Colombia entre 1930 y 1953*, *Crónica de Dos Décadas de Política Colombiana. 1968 – 1988*; *Guerra contra la sociedad*. Es considerado como uno de los grandes conocedores de la realidad política y cultural del país.

*El 9 de febrero de 2002  
en la Corporación  
Universitaria Autónoma  
de Occidente se realizó un  
acto conmemorativo del día  
del Periodista.*

*En esta ocasión, en el marco  
de la cátedra Ética en la era  
de las comunicaciones,  
el sociólogo francés Daniel  
Pécaut presentó una serie  
de reflexiones muy agudas  
sobre la crisis del país y el rol  
que deben jugar  
los periodistas en nuestra  
convulsionada Colombia.*



Señores organizadores de este encuentro; Señoras y Señores. Tomar la palabra en el día de los periodistas es un honor y una responsabilidad. Quiero agradecer este honor y decir que soy consciente de la responsabilidad que me confieren. El sociólogo, más que todo si es extranjero, tiene la ventaja de poder tomar distancia en relación con lo que sucede. No es el caso de los periodistas que a diario tienen que dar cuenta de los acontecimientos en medio de una situación tan difícil como es la de la tragedia colombiana. Un observador extranjero, como soy yo, que en la vida he dedicado parte de mi actividad al análisis de la realidad colombiana, no puede evitar comprometerse, dando testimonio de lo que se vive en Colombia.

Pero los periodistas son parte de una situación de la cual no se pueden abstraer en ningún momento. No faltan las críticas a los medios colombianos y muchas de ellas pueden ser justificadas. Sin embargo, nunca se puede olvidar que el oficio de periodista es un oficio peligroso como lo demuestra el alto número de periodistas asesinados, amenaza-

dos, condenados al exilio. Tampoco se puede pasar por alto el hecho de que muchas de las fallas o deficiencias de los medios, no son sino el reflejo de las fallas y deficiencias de todos los que tienen la responsabilidad en la conformación de una opinión pública. Los periodistas tienen un papel particular en la conformación de un espacio público.

El filósofo Habermas, entre otros, ha analizado cómo la difusión de las ideas, gracias a lo escrito, es lo que ha hecho surgir un espacio público por medio de la confrontación racional entre los argumentos de cada uno. Pero ¿cuál espacio público puede existir cuando la manifestación de las ideas se puede pagar con la vida? ¿Cuál racionalidad deliberativa cuando amplios sectores manejan la fuerza como argumento? En una crisis como la que atraviesa Colombia, es inevitable que los periodistas estén abocados a vivir y pensar en el momento presente. Tampoco es fácil hacer comentarios en profundidad, esclarecedores, cuando son tantos los elementos y los actores que interactúan al punto de que es imposible tener una visión de conjunto, cuando pre-



valece la incertidumbre radical que impide prever cómo el país va a despertar mañana. Creo necesario, antes de volver a la situación colombiana, recordar algunos hechos sobre la difusión de los medios en el mundo contemporáneo.

Los medios están en el centro del proceso de globalización. Lo más globalizado es todo lo que pertenece a la esfera de la comunicación y de la información. Entre los mayores grupos económicos están los que se dedican a esta actividad. Las innovaciones tecnológicas y económicas han revolucionado este sector más que cualquier otro. La información se da de manera instantánea e imprime su ritmo a muchos aspectos de la vida social. Cualquier habitante de una zona apartada del país está al tanto de acontecimientos que suceden en cualquier parte del mundo, pero esa cantidad de información no implica que haya mejorado la inteligibilidad de lo que se produce. Al contrario, la instantaneidad se da a menudo en detrimento de la comprensión del mundo, por el hecho de que no tenemos los conocimientos para contextualizar muchas de las noti-

cias. A menudo todo se vuelve un espectáculo, a fuerza de ver la miseria, los sufrimientos, ellos también se vuelven un espectáculo. La compasión que podemos sentir puede llegar a una manera de aceptar hasta lo inevitable.

La información imprime su ritmo a todo, así como su estilo. Se ve cómo en todos los países los políticos ya no se atreven, ya no pueden dibujar perspectivas de largo plazo, los sondeos permanentes hacen que no puedan arriesgar su popularidad y tienen que plegarse a las reglas que imponen los medios, una de las cuales es que importa la imagen tanto o más que el contenido de lo que se dice. Se impone una forma nueva de populismo, que consiste en intentar producir un efecto de identificación recíproca entre quien habla y quien mira. No por esto el público se vuelve inerte, sabemos que reinterpretan los mensajes que les llegan en función de la opinión de los vecinos, de los colegas. Sabemos también que hay elementos que contribuyen a la democratización de la sociedad. Se expresa una mayor necesidad de rendición de cuentas y, los sondeos, con todos sus defectos, tienen el mérito de hacer percibir el peso de una forma de opinión.

Los medios, se dice con razón, constituyen un nuevo poder por las posibilidades que tienen de influir sobre la opinión, contribuyen también a modificar el carácter de la vida democrática. Los partidos políticos están en todas partes enfrentados a muchos problemas; las pertenencias sociales ya no determinan en la misma medida que antes, las actitudes de la gente; se va constituyendo, más bien, lo que algunos llaman la democracia de opinión. Esta significa que no se expresan como antes preferencias coherentes sobre el conjunto de los temas, cuando por ejemplo se trata de los llamados temas de sociedad, como el racismo, el aborto,

los temas sexuales, etc. Se dan realineamientos que no coinciden con las clasificaciones socioeconómicas. Se producen emociones colectivas, relacionadas con las imágenes que ofrecen los medios, se vuelven esas emociones, parte de la vida democrática. Se instaura una combinación entre un individualismo inducido por la relación con los medios y la construcción de nuevos fenómenos interdisciplinarios, los unos fugaces, los otros durables, que influyen en la manera como se piensa la política.

Los medios llegan a ser un problema pero son también un producto de los cambios que ellos favorecen. Colombia no podía quedar inmune a estas transformaciones. Con o sin la televisión se hubieran, de todas maneras, producido por el impacto de los medios, modificaciones en la política y en las relaciones sociales. Pero es cierto que la situación que vive Colombia acentúa muchas de esas modificaciones. El instantaneísmo como dicen algunos, se hace todavía más perceptible e inevitable. Las imágenes que difunden los medios contribuyen a una mayor inestabilidad de la opinión. Basta mencionar cómo desde principios de enero se ha pasado del susto en relación con una posible ruptura del proceso de paz, a la esperanza después del acuerdo del 20 de enero; a la rabia en los días siguientes; del pacifismo al guerrerismo. No es que los medios sean responsables de la confusión en que se encuentra a menudo la opinión, pero en la medida en que la reflejan, contribuyen a justificarla. Me parece fundamental en la etapa presente, sobre los acontecimientos del proceso de paz y guerra, que se haga una reflexión sobre el sentido que pueden tener esos acontecimientos.

Pero cuando obviamente los medios se dejan llevar por el afán de sensacionalismo, o de la chiva, no miden el impacto que esto puede causar. Toca añadir, en contra



de la prensa escrita, que ésta todavía se debate entre dos épocas: por un lado, cierto progreso hacia una prensa informativa, más cautelosa, más cuidadosa, de lo que publica y, una prensa tradicional, la de una parte de los columnistas, algunos excelentes, otros que no tienen el estilo de la anterior, hablando de lo que les pasa en mente, no importa si es de interés para algún grupo, menos importa a veces, los efectos que sus comentarios puedan tener. El trabajo de los periodistas, lo repito, es de los más difíciles en la situación que agobia a Colombia. Siendo que los periodistas son muy jóvenes en su mayoría, les cabe una responsabilidad muy grande.

Se ha publicado en Francia, hace poco, un libro sobre el periodismo en Argelia, que se llama *La Guerra Invisible*. Guerra invisible porque la censura existe de manera sumamente fuerte en Argelia, pero también guerra invisible porque no existen las condiciones mínimas para establecer los hechos, menos en muchos casos, para averiguar la autoría de los hechos. Dado que el régimen argelino, con las luchas internas que lo caracterizan se es-

*Los medios están  
en el centro del proceso  
de globalización.  
Lo más globalizado  
es todo lo que pertenece  
a la esfera  
de la comunicación  
y de la información.*





fuerza para esconder los hechos, o para alimentar de manera deliberada la confusión al respecto. En consecuencia, gran parte de la información no puede estar basada sino en los rumores. En Colombia, no reina la censura y se mantiene una sociedad bastante abierta, para retomar la expresión de Popper. Lo que no impide que sea a menudo delicado conseguir la información, evitar los riesgos de una información distorsionada por las fuentes que la proporcionan. También, la guerra colombiana, es en gran parte una guerra invisible. Como ha menudo se afirma, son muchas las circunstancias en las cuales los crímenes de paramilitares se vuelven crímenes de desconocidos, mientras los crímenes de las FARC les están claramente atribuidos, a veces de manera apresurada.

De manera general, yo me atrevería a decir que la información en los medios colombianos sigue bastante reducida y bastante desigual. La mayoría de los periodistas viven en las ciudades y además existen zonas prohibidas. Entre ellos, sin que siempre se den cuenta, prevalece una sensibilidad que hace que

perciban mucho más lo que afecta a miembros de su mismo grupo que, masacres de campesinos que merecen unas líneas en la página octava del periódico. Tampoco el asesinato de uno o de cinco pastores protestantes, tiene la misma relevancia que el asesinato de un sacerdote católico. No son muchos los reportajes sobre situaciones locales o regionales, a pesar de que se sabe que la violencia tiene rasgos regionales, ya que obedece a la búsqueda de poder y al control editorial. Hay reportajes, muchos de ellos, que nos enseñan mucho más que muchos comentarios. Quiero citar un ejemplo pero debe haber muchos otros. El año pasado, en el difunto y lamentado periódico *El Espectador*, salieron una serie de artículos sobre la toma de Barrancabermeja por los paramilitares, explicando cómo esa toma había sido facilitada, tanto por el hecho de que varios miembros de las milicias del ELN se habían pasado a los paramilitares, como por el cansancio de la gente hacia las guerrillas y por un montón de otros factores. Este reportaje me parecía merecer una entera admiración hacia el autor.

Informar implica, ustedes lo saben, establecer los hechos contextualizados, jerarquizados, ubicados en una acción de conjunto, tratando de descubrir las lógicas que los sustentan. No puedo desarrollar con seguridad estos temas, solo quiero subrayar que ya es una tarea muy difícil establecer los hechos, sin confiar en fuentes discutibles. Quiero subrayar que los hechos no hablan por sí solos si no están contextualizados, es decir, referidos a las situaciones locales o a la situación nacional, a la estrategia de los actores que son responsables de estos hechos; tampoco si no están jerarquizados, es decir, en función de interpretaciones. ¿Cuáles son los hechos que merecen mayor importancia? Eso no es una decisión por

razones subjetivas, es una decisión por razones, a mi juicio, de valor; sobre el juicio intelectual, sobre lo que es más importante. Quiero también subrayar la necesidad de relacionar los hechos parciales con la acción de conjunto, siendo que generalmente el drama de la tragedia colombiana es el no ver la acción de conjunto. La guerra no es sino el conjunto de los múltiples fenómenos desordenados que se dan aquí, allá, que cambian de un día al otro. La guerra invisible es también esta guerra compuesta de fenómenos que no llegan a determinarse directamente en su conjunto.

Más allá de estas consideraciones, me parece necesario destacar lo siguiente: frente a la guerra siempre son múltiples los enfoques. Puede y tiene que haber un enfoque humanitario, en términos de compasión para la población que padece la tragedia; puede haber un enfoque explicativo, tratando las causas impuestas del fenómeno, tratando de conectar cómo la desigualdad, la pobreza, pueden ser factores que favorecen más la violencia; y también puede haber un enfoque estratégico tomando en cuenta los objetivos, los métodos de los que manejan la violencia. Este último enfoque, que no excluye los otros, me parece importante en el momento en el cual los actores que manejan la violencia se han vuelto autónomos en relación con la población, utilizan, toman como rehén a la población, no representan de ninguna manera, estos actores, los intereses, ni los anhelos de esa población.

Creo que los medios deben estar atentos de ir más allá del aspecto humanitario, del aspecto causal, tienen que tratar de esforzarse por interpretar esos problemas estratégicos. Siendo que eso no es nada objetivo, que es un trabajo de construcción de hipótesis, donde pueden haber varias hipótesis válidas al mismo tiempo, el ejercicio intelectual



es fundamental para dar más fuerza a la información que ofrecen los medios. Creo que también ha llegado el momento en que los periodistas deben saber, que ya no se puede distinguir entre causas y consecuencias de los fenómenos que se viven. Las desigualdades pueden ser causas, es más, se vuelven más causas que otras que son consecuencias de las guerras y de los costos de la guerra. La crisis política es causa, se puede decir, de los fenómenos que se dieron; es consecuencia también de esos fenómenos. Hay necesidad de introducir este tipo de razonamiento de doble sentido; creo que es importante. Si se trata de la responsabilidad de los medios en la reconstrucción de la civilidad, es importante afirmar que a los periodistas les incumbe no contribuir a la banalización de la guerra y no pretender, como lo decía el señor rector, muchos lugares comunes que sirven para confundir más.

No se puede seguir hablando de la cultura de la violencia, de la cultura de la intolerancia, de la cultura de la desconfianza. No existe tal cultura. Lo que existe es el efecto de situaciones históricas. No hay

*Informar implica,  
ustedes lo saben,  
establecer los hechos  
contextualizados,  
jerarquizados, ubicados  
en una acción de conjunto,  
tratando de descubrir  
las lógicas que los sustentan.*



que repetir la hipocresía, las mentiras que se dieron en relación con la violencia de los años 50. La violencia de los años 50 no fue un fenómeno de intolerancia popular, sino una manera como elites políticas, religiosas, militares, obligaban a la gente a la intolerancia. Hoy lo hacen, en el momento presente, los actores armados cuando tratan de obligar a la población a la intolerancia aunque vemos que ya no tienen mucho éxito con todos los fenómenos de resistencia civil que aparecen. Siempre hay que recordar, que cuando se habla del traumatismo de la violencia de los años 50, este traumatismo no consiste solamente en los doscientos mil muertos que hubo, tampoco en la pérdida de las propiedades por tantos campesinos, sino en el silencio y en las mentiras que se hicieron después. Luego de condenar a la gente a la intolerancia se la condenó al olvido y al silencio.

Es un lugar común que Colombia está en guerra civil desde hace 40 años. Ese lugar común es tan difundido en Colombia y no es culpa de los periodistas extranjeros que lo estén repitiendo. A mí me parece, siempre me ha parecido sumamente discutible esta afirmación, ya que no veo que hubiera habido una guerra en los años 65, 75, menos una guerra civil. Al contrario, por la misma experiencia de la violencia y después del silencio, hubo un deseo muy profundo de la gente de vivir en paz y un temor muy grande a la violencia. Me parece que hablar de una guerra civil desde hace 40 años puede ser una manera de ocultar el papel nuevo, fundamental, en el nuevo episodio de guerra, del narcotráfico, del papel que tuvo en el auge, en el desarrollo, en la difusión del conflicto en todas sus dimensiones. Podemos olvidar hoy que los primeros que atacaron el Estado de frente no fueron las

guerrillas sino los narcos. Creo que en eso, a menudo en los medios, prevalece una visión que yo a veces he calificado de calidoscópica de la historia.

En los años 80 el problema es el de la guerrilla, en los años siguientes no se piensa sino en el problema de los narcotraficantes, después el tema social. Se van así sucediendo los temas sin que se mantenga una línea de interpretación que tome en cuenta los problemas anteriores. Es cierto, hablando de lugares comunes, que las instituciones siempre fueron lo que son hoy, instituciones corruptas, a veces, muy débiles. En todo caso, habría que comprobarlo más de cerca, sin olvidar que las instituciones colombianas fueron al mismo tiempo las que resistieron los embates de los autoritarismos y de los golpes militares, y tener también cuidado que tal vez no se puedan forjar mejores instituciones contribuyendo al mayor descalabro de las que existen todavía. Lo que quiero decir es lo siguiente: como la filósofa Hannah Arendt lo escribió: *Cuando desaparece el futuro, desaparece el pasado. Cuando desaparece el pasado, desaparecen los criterios que puedan orientar las conductas. Uno de los mayores síntomas de la crisis del presente, no es la ausencia de futuro, es también el hecho que ya la ausencia de futuro ha producido el desconocimiento radical de cualquier pasado, de cualquier historia.* Y en esto sí, los periodistas tienen mucha responsabilidad, tienen que saber ubicar el presente, lo tienen que hacer con referencia a una historia de más *larga duración*, si quieren interpretar mejor los hechos del momento. Por supuesto cuando digo eso, no quiero idealizar el pasado, hay que conocerlo para enjuiciarlo. Pero creo fundamental que los periodistas tengan una conciencia histórica.

---

Para terminar, unas palabras sobre la ética de los periodistas. No sé hasta qué punto la ética de los periodistas se limita al problema de la objetividad. Por supuesto es indispensable proclamar que los hechos son los hechos, que un hecho es un hecho. Pero es normal que haya puntos de vista diferentes e interpretaciones diferentes para contextualizar estos hechos. Sin embargo, es fundamental decir en voz alta que lo intolerable también es lo intolerable. Que no hay pragmatismo, en ocasión, conductas pragmáticas, para manejar las situaciones y los hechos intolerables. Hay hechos que golpean el sentido de cualquier comunidad, que con estos hechos no se puede negociar, hay que decir de una vez por todas que son inaceptables. Puede haber en cualquier sociedad criterios de justicia diferentes; los unos privilegian tal visión del bien, los otros privilegian otra visión del bien; los unos privilegian la idea de mejoramiento material, los otros privilegian la idea de libertad o de creación. Eso está bien. Llega un momento, a pesar de todo, en el cual hay que tener un sentimiento de la injusticia, cuando todos los sectores, no importan sus juicios de valor, se dan cuenta de que se están realizando actos que desde todos los puntos de vista son injustos.

El filósofo e historiador francés... (sic) del siglo XIX decía que lo propio del mundo moderno es la manera como la igualdad y, el imaginario de la igualdad, se ha vuelto el esquema generador que está presente y orienta los juicios y las visiones de todos.

En Colombia tenemos que estar conscientes de que todavía prevalecen muchas formas de jerarquización social, y que el trabajo, para reconocer plenamente la semejanza, la igualdad del otro, es un trabajo que todavía queda por desarro-

llarse de manera más profunda. La ética, cuando se habla de ética yo creo que supone también que los que participan de una misma actividad estén conscientes de las reglas mínimas y, de las solidaridades mínimas que definen el hecho de que hacen parte de su mismo tipo de actividad. Siempre me he dicho, he pensado, que uno de los mayores problemas de Colombia es que cuando se mata a un juez, no siempre se nota la suficiente solidaridad de todos los jueces, ni la solidaridad de la institución judicial como tal. Eso vale para todas las comunidades, los militares, los periodistas y todos. No hay ética si no hay un sentimiento común, si no hay el reconocimiento de ligas comunes y si no hay la convicción de que hay una institución que más o menos es solidaria con cada uno. Esto no significa un acuerdo sobre todo. No hay espacio público mientras no se reconoce la legitimidad de los puntos de vista diferentes, al menos que haya reciprocidad al respecto. Si el otro no reconoce la legitimidad de nuestros puntos de vista aquí se plantea una ruptura de la civilidad.

---

*Los periodistas  
tienen la doble  
responsabilidad  
de corresponsales  
de guerra y de fortalecer  
la democracia.*

---

A los periodistas les incumbe por supuesto el papel central en esto, es parte de la vida democrática. Lo repito, la tarea de los periodistas en Colombia es de las más complejas porque se encuentran en una situación en que se mezclan guerra y paz,

libertad y coacción, virtudes y males, crueldad y aspectos de profunda humanidad. Los periodistas tienen la doble responsabilidad de corresponsales de guerra y de fortalecer la democracia. En un ensayo sobre la idea de paz permanente Immanuel Kant no deja de mencionar que esta idea podría sonar utópica, y el pacifismo en medio de la guerra podría prestarse para reír. Cómo imaginar un estado de paz si es que el ser humano combina una actitud de la sociabilidad con una inclinación a la asociabilidad, de la cual las guerras son las manifestaciones. El momento presente, en Colombia y en el mundo, parece de hecho confirmar que el estado de guerra sigue requiriendo muchas de las interacciones humanas, sin embargo las guerras nos parecen siempre más intolerables y se abre el camino hacia el tema de una justicia universal frente a los crímenes de lesa humanidad.

Llegará un momento, anotaba Kant, en el cual los estados después de ensayos infructuosos, de múltiples devastaciones y catástrofes, y de un desgaste general de sus fuerzas, descubrirán que se llega a un mejor resultado uniendo sus voluntades y actuando según leyes que resulten de esta unión.

Colombia sabe lo que significan las devastaciones, las catástrofes, el desgaste de sus fuerzas. Le queda por descubrir que la paz es posible, que no es la ausencia de conflictos si no el acuerdo para que no se diriman por la fuerza. Tenemos que hacer todo lo posible para que los protagonistas de la violencia se convenzan de que hay otra alternativa, la de la deliberación pacífica sobre los desacuerdos. No podemos dudar que la referencia a la ética de la comunicación que nos congrega aquí, es lo que más puede contribuir a que pueda prevalecer este tipo de deliberación que no es sino otra manera de caracterizar la democracia. ❁